



Semana de oración por las **Vocaciones**

"El Señor te llama a ser..."



Material para la *Semana Vocacional*

Horas Santas Vocacionales

60° Jornada de oración por las vocaciones



Hora santa vocacional

«¡Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies!»



Hermanos, nos hemos reunido para orar en comunión con toda la Iglesia universal por las Vocaciones Sacerdotales y religiosas, que son los continuadores de la obra de Cristo, especialmente para que el Señor oriente el corazón de muchos jóvenes, y sean capaces de responder con generosidad al llamado de Cristo, que resuena con voz inconfundible.

Canto

DEL EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO (9, 35-38)

Recorría Jesús todas las ciudades y aldeas, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo. Y al ver las multitudes, tuvo compasión de ellas; porque estaban desamparadas y dispersas como ovejas que no tienen pastor. Entonces dijo a sus discípulos: la mies es mucha, más los obreros pocos. Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies.

Canto

Oración Inicial

Señor Jesús, míranos que estamos arrodillados ante tu presencia Eucarística, rogándote que dirijas una mirada misericordiosa sobre nuestro pueblo. En verdad, la cosecha es grande, pero los obreros pocos. Por eso, Señor, envía obreros a tu cosecha. Repite en el corazón de los jóvenes tu amorosa invitación de «Ven y Sígueme». Anímalos con la promesa de que aquellos que dejan todo por ti recibirán cien veces más en este mundo y la vida eterna. Consuéloslos con las palabras que a menudo decías a los Apóstoles: «No temas». Concédeles, Señor, la gracia para que ellos puedan cumplir tu último mandato "Vayan por el mundo y prediquen el Evangelio hasta los confines de la tierra", para alumbrar la oscuridad del error y quitar el pecado y reconciliar a los hombres con el Padre Celestial. Amén.

REFLEXIÓN

“La mies es abundante, pero los trabajadores son pocos; rueguen, pues, al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies” (Mt 9,35-38). Estas palabras nos sorprenden, porque todos sabemos que primero es necesario arar, sembrar y cultivar para poder luego, a su debido tiempo, cosechar una mies abundante. Jesús, en cambio, afirma que “la mies es abundante”. ¿Pero quién ha trabajado para que el resultado fuese así? La respuesta es una sola: Dios.

Evidentemente, el campo del cual habla Jesús es la humanidad, somos nosotros. Y la acción eficaz que es causa del “mucho fruto” es la gracia de Dios, la comunión con él. Por tanto, la oración que Jesús pide a la Iglesia se refiere a la petición de incrementar el número de quienes están al servicio de su Reino. San Pablo, que fue uno de estos “colaboradores de Dios”, se prodigó incansablemente por la causa del Evangelio y de la Iglesia.

Con la conciencia de quien ha experimentado personalmente hasta qué punto es inescrutable la voluntad salvífica de Dios, y que la iniciativa de la gracia es el origen de toda vocación,

el Apóstol recuerda a los cristianos de Corinto: “ustedes son campo de Dios” (1 Co 3,9). Así, primero nace dentro de nuestro corazón el asombro por una mies abundante que sólo Dios puede dar; luego, la gratitud por un amor que siempre nos precede; por último, la adoración por la obra que él ha hecho y que requiere nuestro libre compromiso de actuar con él y por él.

Es Cristo, por lo tanto, quien continuamente nos interpela con su Palabra para que confiemos en él, amándolo “con todo el corazón, con todo el entendimiento y con todo el ser” (Mc 12,33). Por eso, toda vocación, no obstante la pluralidad de los caminos, requiere siempre un éxodo de sí mismos para centrar la propia existencia en Cristo y en su Evangelio.

Tanto en la vida conyugal, como en las formas de consagración religiosa y en la vida sacerdotal, es necesario superar los modos de pensar y de actuar, no concordar con la voluntad de Dios. Es un “éxodo” que nos conduce a un camino de adoración al Señor y de servicio a él en los hermanos y hermanas. Por eso, todos estamos llamados a adorar a Cristo en nuestro corazón (cf. 1 P 3,15) para dejarnos alcanzar por el impulso de la gracia que anida en la semilla de la Palabra, que debe crecer en nosotros y transformarse en servicio concreto al prójimo.

No debemos tener miedo: Dios sigue con pasión y maestría la obra fruto de sus manos en cada etapa de la vida. Jamás nos abandona. Le interesa que se cumpla su proyecto en nosotros, pero quiere conseguirlo con nuestro asentimiento y nuestra colaboración.

Canto: Yo siento, Señor, que tú me amas.



«SOÑAMOS NUESTRA
DIÓCESIS DE FACATATIVÁ,
ENAMORADA DE JESÚS»

No pierdan el encanto de soñar.

¡Atrévansen a soñar!

PAPA FRANCISCO

Las vocaciones es tarea de todos

ORACIÓN DE FIELES

Unidos a Jesús Buen Pastor, confiémosle nuestras súplicas. A cada intención respondemos:

“Señor, ayúdanos a ser luz para el mundo”

1. Te pedimos por los sacerdotes para que ejerzan el ministerio transmitiendo el Evangelio con la vida.
2. Te pedimos por los consagrados para que, desde la oración cotidiana y la entrega en el servicio a los más necesitados, sean luz en el mundo.
3. Te pedimos por los matrimonios para que, en la unidad y el amor, anuncien el Evangelio a sus hijos desde la propia vivencia de los valores cristianos.
4. Te pedimos por los misioneros para que, como apóstoles de Cristo, sean sal de la tierra y luz en el mundo.
5. Te pedimos por las parejas de novios para que vayan formando los valores de familia con base en el Evangelio.
6. Te pedimos por los que gobiernan los pueblos para que, guiados por los valores evangélicos, nos guíen en la unidad y la paz.
7. Te pedimos por los jóvenes para que vivan íntegramente el cristianismo, es decir, irradien a Cristo en todo lo que hacen.
8. Te pedimos por todos los cristianos para que no solo lleven la luz de Cristo, sino también la sean.



Padre nuestro, Ave María y Gloria

Oración Final.

BENDICIÓN

Sacerdote: Les diste, Señor, el Pan del cielo.

Fieles: Que contiene en sí todo deleite.

Sacerdote:

Oremos.

Señor Jesucristo, Tú nos dejaste la Eucaristía como el memorial de Tu pasión y muerte. Que al venerar el Sacramento de Tu Cuerpo y de Tu Sangre experimentemos la salvación que ganaste para nosotros y la paz del reino, donde vives con el Padre y el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

Bendito sea Dios.

Bendito sea Su Santo Nombre.

Bendito sea Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre.

Bendito sea el Nombre de Jesús.

Bendito sea su Sacratísimo Corazón.

Bendita sea su Preciosísima Sangre.

Bendito sea Jesús en el Santísimo Sacramento del Altar.

Bendito sea el Espíritu Santo, Paráclito.

Bendita sea la excelsa Madre de Dios, María santísima.

Bendita sea su Santa e Inmaculada Concepción.

Bendita sea su gloriosa Asunción.

Bendito sea el nombre de María, Virgen y Madre.

Bendito sea San José, su castísimo esposo.

Bendito sea Dios en sus ángeles y en sus Santos.

ORACIÓN FINAL

Señor Jesucristo, Tú prometiste siempre dar a tu Iglesia pastores. En la fe, sabemos que tu promesa no puede fallar.

Confiado en el poder del Espíritu Santo que trabaja en la Iglesia, nosotros elevamos nuestras plegarias por tus sagrados ministros del Pueblo Santo, para que el sacrificio, en el cual Tú diste tu Cuerpo y Sangre, pueda ser diariamente renovado en el mundo hasta que llegemos a ese Reino donde Tú vives con el Padre y el Espíritu Santo, un Dios, por los siglos de los siglos.

Amén.